

EL NOMBRE DE SERVET COMO EUFEMISMO DIVINO

GUILLERMO FATÁS*

En su admirable lucha contra las atrocidades judiciales cometidas en Europa, y en particular so pretexto de religión, Voltaire aludió en muchas ocasiones al trágico destino del aragonés Miguel Servet, sacrificado en el fuego por el fanatismo calvinista de los ginebrinos. Fue uno de sus recordatorios más permanentes y no es exagerado decir que quedó por él convertido en símbolo universal. Le dedicó, notoriamente, en 1756-1758, un capítulo y medio (el CXXXIV y parte del anterior) de su monumental *Essai sur les mœurs...*, además de una nota complementaria de réplica a un detractor suyo, el jesuita Nonnotte¹.

Se conoce menos que la alusión a Servet aparece en otras obras menores. En 1768 publicó una pieza en verso, *La Guerre civile de Genève*, que había estado difundiendo previamente por entregas, en la cual ponía la mención de la pira donde ardió Servet en boca de un protestante ginebrino. Esta la usaba como invocación, por cierto que inverosímil, ante unos jueces que lo iban a condenar por fornicación mientras lo mantenían de rodillas en público, según estaba ordenado para tales casos².

También mencionó al aragonés en otras dos obritas, que alumbró en 1765 y 1766. La segunda, que aquí interesa menos, fue un opúsculo, publicado a instancias de la familia de un perseguido francés, acusado de parricidio. Voltaire unió en la misma ocasión ese caso con otro, aún más sonado, en el que también se recurrió a la acusación de parricidio para castigar de forma intolerante y bárbara a un inocente³.

* Grupo Hiberus. Universidad de Zaragoza.

¹ Con su acidez habitual llama necedades a las observaciones de su contradictor. Esta es la «Vingt-troisième sottise dudit Nonnote», en la p. 570 de la edición ginebrina de 1751.

² En Ginebra se había abolido la confesión individual secreta, de estirpe católica, sustituida por la pública. Era una pena suplementaria para el pecador (convertido de paso en delincuente). El personaje de esta historia ha dejado embarazada a su amante y es juzgado y castigado en público. Pero, cuando ya está de rodillas, se encara con el tribunal y dice a los jueces ante quién se considera arrodillado: «Dit: “Je fléchis les genoux devant Dieu, / non devant l’homme: et jamais ma patrie / à mon grand nom ne pourra reprocher / tant de bassesse et tant d’idolâtrie. / J’aimerais mieux périr sur le bûcher / qui de Servet a consumé la vie” [...]».

³ *Avis au public sur les parricides imputés aux Calas et aux Sirven*. En él figura este párrafo: «Les catholiques répondent à tous ces reproches que les protestants en méritent d’aussi violents. Les meurtres de Servet et de Barneveldt, disent-ils, valent bien ceux du conseiller Dubourg. On peut opposer la mort de Charles I.^{er} [de Inglaterra, decapitado por protestantes] à celle de Henri III [de Francia, asesinado por un dominico]. Les sombres fureurs des presbytériens d’Angleterre, la rage des cannibales des Cévennes [alusión a las terribles dragonadas de 1685, unas entre tantas más], ont égalé les horreurs de la Saint-Barthélémy».

Un año antes compuso *Questions sur les miracles* (1765), en forma de vivaces relatos epistolares. Ambas fueron escritas sin apenas solución de continuidad, aunque con propósitos diversos y en tonos muy diferentes, pero tienen en común que en las dos se nombra a Miguel Servet y esta insistente presencia del aragonés prueba hasta qué punto el pensador francés lo consideraba un arquetipo en la historia de las atrocidades en que incurría el fanatismo, político o religioso (a menudo indistinguibles).

En otros escritos lo había emparejado con personalidades dignas de mejor suerte, víctimas de la iniquidad legalizada. Una fue el magistrado flamenco —holandés en sentido estricto— Barnevelt, ejecutado de forma manifiestamente injusta. Johan van Oldenbarnevelt murió decapitado en La Haya el 13 de mayo de 1619, tras un juicio desprovisto de garantías que lo acusó de traidor a la Iglesia y al Estado, por oponerse a Mauricio de Nassau. El enfrentamiento, que derivó a la política, se había originado en una disputa teológica entre dos profesores de la Universidad de Leiden, Jacob Harmensen (latinizado Arminius, por quien había tomado partido Barnevelt) y Franz Gomaer (el calvinista Gomarius). Voltaire, que usó diversos nombres en la obra⁴, lo une a Servet y a Dubourg en sus cartas y alude al de Villanueva de Sijena de forma reiterada⁵.

La segunda carta mantiene un tono hiriente contra un tal Claparède, a quien describe con fingido respeto como filósofo, teólogo y sabio. Irá desmontando sus argumentos pasándoles revista desde esas tres perspectivas y por ese orden. Los filósofos, como Hobbes —aduce—, se preguntarán cómo Dios suspendió las leyes cósmicas sin que se produjera un fuerte quebranto del universo cuando la Tierra se detuvo «durante nueve o diez horas en su carrera, y la Luna en la suya, para favorecer la derrota de unos cientos de amorritas». Ello hubo de trastocar las mareas y el curso general de los planetas, «con el solo propósito de dar a Josué más tiempo para acabar de masacrar a unos cuantos fugitivos apaleados». Las consecuencias lógicas tienen grandes implicaciones:

He aquí, pues, trastornado no solo nuestro mundo planetario, sino también todos los mundos posibles ¿y para qué? Para que en este pequeño montón de barro llamado Tierra los papas se apoderasen al fin de Roma, los benedictinos fueran demasiado ricos, que Anne Dubourg fuera colgado en París y Servet quemado vivo en Ginebra⁶.

⁴ Voltaire empleó los nombres de Beaudinet, Boudry, Covelle y Euler en algunas de sus notas en esta obra. Su primer gran editor crítico, Adrien Beuchot, publicó durante un decenio (1831-1841) las obras completas en 72 volúmenes, incluidos los dos finales de índices. En nota introductoria a las cartas sobre los milagros da razón del motivo de que se escribiesen y de quiénes fueron David Claparède y el jesuita Jean Tuberville de Needham, objeto de las burlas volterianas, extendidas a ciertos experimentos de física de este último. Claparède había publicado en Ginebra, en 1765, unas *Considérations sur les miracles de l'Évangile: pour servir de réponse aux difficultés de Mr. J. J. Rousseau, dans sa 3e Lettre écrite de la montagne*. Aunque en las ediciones posteriores las cartas se dirigieron a «M. le professeur R..., par un proposant», la edición primera menciona a M. le professeur Cl..., esto es, a Cl[aparède]. Un *proposant* es un candidato a pastor protestante.

⁵ En la carta 89, de 1757, advierte a un pastor ginebrino que Jesucristo no mandó quemar a nadie y que más bien habría invitado a cenar con él a Juan Hus y a Miguel Servet. Menciona al aragonés al menos en las cartas 32, 70, 88, 96 y 176, fechadas entre 1757 y 1759.

⁶ Anne [sic] du Bourg fue un magistrado francés de convicciones calvinistas que acabó sus días en París, ahorcado en la plaza pública por orden de Enrique II. Muerto, se quemó su cadáver.

En la carta tercera, de tono teológico, el falso pretexto es pedir a Claparède argumentos para convencer a un poderoso príncipe alemán de que no son acertadas sus afirmaciones sobre el cristianismo:

Esta religión consiste en creer en el pecado original, pero Jesús no hizo la menor mención del pecado original; en que Dios fue hombre, cuando Jesús nunca dijo que era Dios y hombre juntamente; en que nació de una virgen, cuando nunca dijo que naciera de una virgen [...]

Cuando la discusión avanza, el príncipe se encoleriza al recordar atrocidades cometidas en nombre del cristianismo, sin que lo aplaque la humilde objeción de su interlocutor:

—Parece que los fariseos, al asesinar en la cruz al Dios de los cristianos, hubieran enseñado a los que siguieron a asesinarsen unos a otros con la espada, en el patíbulo, la rueda, las llamas. Perseguidos y perseguidores, mártires y verdugos por turno, igualmente imbéciles, igualmente furiosos, matan y mueren por argumentos de los que se burlan preladados y monjes cuando recogen los despojos de los muertos y el dinero contante de los vivos.

Vi que el señor se acaloraba; le respondí humildemente [...]:

—Jesucristo no ordenó ni el asesinato de Juan Hus, ni el de Anne Dubourg, ni el de Servet, ni el de Jean Calas⁷, ni las guerras civiles, ni la [matanza de] San Bartolomé.

La siguiente mención de Servet en la obra corresponde a la decimotercera carta, en la cual equipara el celo de los fanáticos por quemar a los considerados herejes con el que ponen para destruir por el fuego sus libros e impedir que se impriman. Los censores buscan arruinar el comercio de las ideas ajenas y enviar al hospital a los impresores de las mismas; y queman los libros porque no pueden quemar a los autores, «como a Servet y a Antoine»⁸.

En la decimosexta carta, nueva mención del aragonés. El supuesto autor, M. Beaudinet, que dice vivir en Neuchâtel, describe al ginebrino M. Covelle (ambos, heterónimos de Voltaire)⁹ un encuentro con el fervido diácono calvinista Montmolin, residente en Moutier-Travers. Este había sido estimulado por los predicadores ginebrinos, en 1761, contra J. J. Rousseau. Beaudinet le pregunta por qué había encabezado, o poco menos, el apedreamiento de la casa donde transitoriamente estaba Rousseau aposentado con una criada suya, episodio del que se da noticia en cartas anteriores. La ‘lapidación’, como jocosamente la llama la carta, tiene que ver con una reciente comunión ‘hugonote’ del filósofo, a manos del propio Montmo-

⁷ El protestante Calas, antes citado, falsamente acusado de matar a su hijo —que se había suicidado, en realidad, por no poder afrontar sus deudas de juego—, fue objeto de un proceso infame y de torturas largas y espantosas, pero que no lograron su confesión del supuesto crimen. Ejecutado por la magistratura de Toulouse en 1762, Voltaire logró póstumamente su exoneración por Luis XV.

⁸ Nicolás Antoine, predicador lorenés, perseguido por católicos y protestantes, se convirtió secretamente al judaísmo en Venecia, pero, no obstante, logró ser ordenado ministro calvinista en Ginebra. Acabó revelando su verdadera fe y fue quemado por ello el 20 de abril de 1632. Voltaire resumió su caso en el *Commentaire sur le livre des délits et les peines*, al inicio del cap. VII.

⁹ Voltaire vivió largamente en Ginebra, de cuyo ambiente intolerante terminó harto y asustado.

lin, y con sus antecedentes religiosos¹⁰. Montmolín responde a la consulta aseverando que los clérigos tienen claramente el derecho de castigar, desde que lo hizo (san) Pedro con Ananías y su esposa Safira, por haber sisado en una donación que libremente hacían (Hechos 5). La réplica que recibe de su fingido corresponsal es cruda y anticlerical e incluye¹¹, en un aluvión de preguntas retóricas, a varios laicos martirizados, entre los que está Servet, quemado por orden de Calvino, tras haberse librado él mismo de la pira.

En la decimoctava carta, entre los mismos corresponsales y datada el 1 de diciembre de 1765, aparece de nuevo Servet en compañía de Antoine, a título de ejemplo del poder temible del clérigo: «En cuanto seáis clérigo, si os cae en las manos algún Servet o algún Antoine, los haréis quemar santamente y clamando contra la Inquisición de los papistas».

Dejo para el final la insólita creación que Voltaire hace del original exabrupto *Ventre Servet!*, motivador de este apunte, con el que rindo fraterno homenaje a Lola Albiac. Aparece en la octava carta, la cual describe una velada mantenida por los personajes al atardecer¹²:

Ayer cenamos juntos, el Sr. capitán Durôst, el Sr. Covelle, el pastor Sr. Perdrau y yo. La conversación entre estos hombres sabios giró aún sobre los milagros.

—Ventre-Servet!, dijo el capitán un poco acalorado, solo un tonto puede creerse ciertos milagros y un bribón querer hacerlos creer.

El Sr. Covelle tomó tal discurso como una demostración y el pastor Sr. Perdrau, que es muy suave, insinuó modestamente al capitán que él sí creía en los milagros:

—Yo, señor, también os tengo por un hombre muy honorable; pero, decidme, os ruego, qué entendéis por milagro.

—Es muy sencillo, dijo el pastor; es un desarreglo de las leyes de la naturaleza entera a favor de algunas personas de mérito a quienes Dios ha querido distinguir. Por ejemplo: Josué, hombre justo y clementísimo, oye decir que hay una pequeña ciudad llamada Jericó y de inmediato concibe el laudable proyecto de destruirla de arriba abajo, y de matarlo todo, incluidos los niños de pecho, para edificación del prójimo. Había que cruzar un riachuelo para llegar hasta el soberbio lugar; no tenía sino cuarenta pies de ancho, era vadeable por cien sitios y nada hubiera sido tan fácil y corriente como cruzarlo: el agua apenas hubiera llegado a la cintura; o, en caso de no querer mojarse, bastaba con algunas tablas de pino. Pero para gratificar a Josué, impedir que se mojase y estimular a su amado pueblo que pronto sería esclavo, el Señor cambia las leyes matemáticas del movimiento y la naturaleza de los fluidos y el agua del Jordán remonta hacia su manantial y la santa horda judaica

¹⁰ En la decimoquinta carta, que supuestamente escribe Montmolín a otro clérigo, el católico Needham, se describe así la manía eucarística de Rousseau, al que Voltaire trata con sarcasmo, y el porqué de su apedreamiento: «Il avait d'abord communié dans la ville de Genève, où vous êtes, sous les deux espèces du pain levé; ensuite il alla communier, avec du pain azyme, sans boire, chez les Savoyards, qui sont tous de profonds théologiens; puis il revint à Genève communier avec pain et vin, puis il alla en France où il eut le malheur de ne point communier du tout, et il fut près de mourir d'inanition. Enfin il me demanda la sainte cène, ou souper du matin, d'une manière si pressante que je pris le parti de lui jeter des pierres pour l'écarter de ma table [...]».

¹¹ «Pensez-vous donc que nous ayons secoué le joug des évêques de Rome pour nous en donner un plus pesant? Les meurtres, les empoisonnements, les parricides d'Alexandre VI, l'ambition guerrière et turbulente de Jules II, les débauches et les rapines de Léon X, nous révoltèrent: nous brisâmes l'idole; mais nous n'avons pas prétendu en adorer une nouvelle. "For priests of all religions are the same"».

¹² Siglo del texto por la cómoda edición de A. Sautet (1827: 2148).

tiene el gusto de pasar el arroyo a pie enjuto. Y lo mismo cuando el Señor quiere hacer sentir su poder a los filisteos o a los fenicios. Era algo completamente corriente darles una mala cosecha; era mucho mejor enviar trescientos zorros al vividor de Sansón, que los ató por la cola y les prendió el trasero, mediante lo cual fueron quemadas las mieses fenicias [...].

El bravo capitán Durôst es el único de los contertulios que se expresa con tanta viveza y no sorprende tanto que comience su intervención con un juramento, sino que salga a relucir el infeliz Miguel Servet en tales circunstancias. En la carta cuarta, este militar, «que no conoció más cura que el capellán de su regimiento», suelta un potente *Mordieu!* para potenciar un aserto que el autor estima (retóricamente) demasiado grosero como para ser reproducido. Y en esta ficción cuajada de heteronimias, Voltaire dice, en una nota al pie, que acaso la sexta carta se deba a su pluma¹³.

La exclamación francesa *Ventre!*, muy caída en desuso, tanto literaria cuanto coloquialmente, expresa asombro, admiración o enfado. No he sabido rastrearla más atrás de 1400; en torno a esa fecha hay un *ventrebleu* en Deschamps. En tiempos más cercanos la han usado docenas de autores, incluidos De Kock, Hugo, Daudet o Courteline y el desuso no es tanto que no aparezca aún en Bernanos, pero igualmente en el omnipresente y más popular Georges Brassens.

En su provocadora *La ronde des jurons*, canción compuesta en 1958 con el fin de escandalizar (hoy podría servir para que jugasen al corro las niñas en la escuela), el cantante hilvanó una larga serie de tacos propios de los *Galois de bon aloi*, que, según él, optaban por seguir la regla del *franc-parler*; esto es, soltar palabrotas y juramentos ensartados en rosario interminable (*comme des grains de chapelet*) y usándolos à *langue raccourcie*, o sea, como quien arrea tortazos.

La lista, muy larga, incluía toda la familia de los exabruptos franceses acabados en *-bleu*, tales que *morbleu*, *ventrebleu*, *sacrebbeu*, *parbleu*, *jarnibleu*, *palsambleu*, *vertudieu*, *jarnidieu* y *pasquedieu*, esto es, la parentela de los eufemismos que eluden la blasfemia del nombre de Dios: *mort de Dieu*, *ventre de Dieu*, *sacré Dieu*¹⁴, *par Dieu*, *je rénie Dieu*, *par le sang de Dieu*, *par la vertu de Dieu* (entiéndase *vertu* como himen), *je rénie Dieu* en variante ‘dura’ y, en fin, *Pasque* (ant. por *pâque*) *de Dieu*¹⁵. El español hace una sinonimia eufemística con la pareja diez-Dios, de modo que ‘pardiez’ y ‘rediez’, se usan en evitación de ‘pardió’—expresión desusada de juramento formal, pero que aún recoge el *DRAE*— y rediós. El francés, que también usa *pardi* por el mismo motivo —para insinuar *pardieu* y con el significado de ¡pues claro!—, sustituye *dieu* por *diou* y, más comúnmente, por *bleu*. Evidentemente, por la homofonía. Con las formas apocopadas del eufemismo, como *crèbleu*, los ternos quedan en casi nada.

¹³ También se menciona de pasada al capitán en la *Lettre curieuse de M. Robert Covelle, célèbre citoyen de Genève*, de 1766.

¹⁴ *Sacre Dieu* es sinónimo de *Fête-Dieu*, la festividad del Corpus Christi instituida en 1264.

¹⁵ No obstante, a falta, al menos, de *corbleu* —por *corps de Dieu*— y de *tubleu* —por *tue Dieu*.

Por su amplitud alusiva, similar a la que tiene en español, *ventre* es uno de los términos menos refinados de esta retahíla. En *La ronde...* tiene el privilegio de aparecer dos veces: la dicha *ventrebleu* y la más elaborada *ventre saint-gris*, mercedora de explicación por su extraña apariencia. Sustituye a Dios por un santo y rebaja así la gravedad del taco, la cual se reduce a casi nada si el santo, además, es inventado, como sucede aquí. *Par le ventre de Saint-Gris* es ya una exclamación risible, tras las dos devaluaciones que implica. Tirando de este hilo se acaba por llegar, *Petit Robert* de por medio, a Enrique IV, el primer Borbón francés, con fama de expresarse rudamente, y a quien se atribuye el uso de esta expresión.

Cierto o no, a Dumas padre le pareció un dato digno de sus novelas y, en *La reine Margot* (1845), puso la exclamación en boca de Enrique, cuando aún era solamente rey de la Navarra francesa. El novelista embarca al rey en un coloquio de seducción y, cuando llega a un punto de cierta excitación, preso *d'une joie enivrante*, le hace soltar frases en cada una de las cuales hay una trufa de esta naturaleza, que son: *Ventre-saint-gris!, par Dieu!, Sang-diou!* El salpimentado añade un convincente énfasis al diálogo picante que el monarca mantiene con la atractiva dama Charlotte de Sauve, la cual parece gratamente afectada por el ímpetu de los regios requerimientos así expresados.

La expresión se vincula con Enrique IV al menos en un panfleto de comienzos del siglo XVII, que lo interpela así: «Que ne faites vous gronder un ventre-saint-gris, comme un tonnerre enfermé dans une espouisse nuée?»¹⁶. La explicación de esta imprecación no es unánime: hay quien opta por una transformación que parte de las tripas de san Francisco de Asís, mientras otros prefieren a *Saint-Denis* u optan por una deformación de *Vendredi saint*. La hipótesis más alambicada es la que expuso Gilles Henry en 1992¹⁷: *Ventre-saint-gris* sería la evolución edulcorada de la frase latina *ventre sanguie Christi*, o sea, un modo de jurar por el vientre y la sangre de Cristo.

He encontrado curiosas derivaciones de estas interjecciones, incluso en femenino y con alteración de vísceras, pues en ciertos casos, acaso por desgaste, *ventre* debió de resultar poco expresivo. Puede que se hubiera agotado su capacidad percutiente a base de *ventre du pape!*, *ventreboeuf!* o *ventre de biche!* Así, se recurrió también a *la ventre* (como en *par la ventre bleu!*) y, por otro lado, a *la rate*, metiendo al inesperado bazo en esta nómina. Un estudioso ha observado el temprano cruce de *ventre* con ciertos eufemismos para *Dieu*, como *dian* y *dien* —que ya trae Rabelais— (Orr, 1957), de donde resulta el muy extendido *diantre*, al que por cierto el *DRAE* no atribuye etimología concreta y tampoco esta, que parece venir del francés medio.

De esta estirpe, religiosa al fin, fue el inesperado, pero sabroso, *Ventre Servet!* que Voltaire puso en la boca del escéptico y expeditivo soldado inquilino de sus *Questions*. El hereje que-

¹⁶ Lo asignan al año 1604 F. Noël y L. J. Carpentier (1831: 910, col. 1).

¹⁷ Es muy popular su obra *Dictionnaire des expressions nées de l'histoire*, con una versión abreviada (*Petit Dictionnaire...*, París, Taillandier, 2003).

daba así convertido, a poco más o menos, en eufemismo del Todopoderoso. Por fortuna para el pensador parisino, Calvino ya no estaba en condiciones de recetarle una hoguera.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Claparède, David (1765), *Considérations sur les miracles de l'Évangile: pour servir de réponse aux difficultés de Mr. J. J. Rousseau, dans sa 3e Lettre écrite de la montagne*, Ginebra, C. Phillibert.
- Henry, Gilles (1992), *Dictionnaire des expressions nées de l'histoire*, París, Taillandier.
- Noël, F., y Carpentier, L. J. (1831), *Philologie Française ou Dictionnaire Étymologique...*, París, Le Normant Père.
- Orr, John (1957), «De l'étymologie des jurons», *Cahiers de l'Association Internationales des études françaises*, 9.9: 278-286.
- Voltaire, (s. a.), *Avis au public sur les parricides imputés aux Calas et aux Sirven*, s. e.
- (1757), *Essay sur l'histoire générale, et sur les moeurs et l'esprit des nations*, [Ginebra], [Cramer], 10 vols.
- (1765), *Questions sur les miracles à M. de Voltaire, avec des réponses par M. Néeđham...*, Ginebra, s. e.
- (1768), *La guerre civile e Genève, ou les Amours de Robert Covelle, poème héroïque avec des notes instructives*, Ginebra, Cramer.
- (1827), *Œuvres complètes*, París, A. Sautelet et Cie., 3 vols.